

Baroja es Baroja

Los caprichos de la suerte cierra la trilogía del autor vasco sobre la Guerra Civil. Es una novela hablada y deslavazada sobre la retaguardia, donde siempre estuvo, que vale la pena

Por Andrés Trapiello

NARRATIVA. DON JULIO CARO Baroja no quiso nunca publicar los inéditos de su tío que tuvieran que ver con la Guerra Civil ni reeditar los de ese tema ya publicados.

Muerto don Julio, los asuntos de la familia recayeron en Pío Caro, y empezaron a reeditarse estos y, sobre todo, a darse a conocer aquellos. Entre estos últimos figuraban las tres novelas "de" la Guerra Civil, que componen la trilogía *Las saturnales: La Guerra Civil en la frontera y Miserias de la guerra*. Faltaba esta que acaba de salir: *Los caprichos de la suerte*. En el prólogo, José-Carlos Mainer cuenta muy bien el pequeño laberinto de unas obras que a menudo se basan en otras e incluyen temas y personajes ya tratados antes por el novelista. Advierte Mainer que estamos ante un Baroja al final de su carrera y de su vida, y en cuatro líneas hace la reseña de esta

novela mejor que nadie: "Es una novela falta de una última mano, que a veces tiene aire de esbozo vertiginoso, otras es un atropellado memorial de agravios y a menudo se trueca en una tertulia donde ya se ha hablado de todo...". Pero... En Baroja hay siempre un pero que funciona al revés de los peros: estamos ante algo en verdad increíble, el milagro Baroja, "noticia mayor" en las letras contemporáneas españolas, dice bien Mainer.

¿En qué consiste ese milagro? Esta novela cuenta la vida de media docena de personajes y, claro, como siempre en Baroja, muchos figurantes. En Madrid, Valencia y París. Todos pintados de dos brochazos, exactísimos. En Baroja está todo escrito de manera deslavazada, pero da igual. Escribir como él, sin darse importancia, sin pedantería ni componer la figura, es muy difícil. Al trantrán. Juan Ramón lo atacó sin mu-

cha justicia, y dijo aquello de que Baroja era como un tren de mercancías. Puede ser. Otros novelistas son los grandes expresos europeos, pero no van a ninguna parte. Las escenas en esta novela se suceden como fogonazos; los personajes cruzan el escenario, entran, salen y se pierden para siempre. Todo sucede muy deprisa. El lector no tiene tiempo de aburrirse, prendido de sus palabras. El protagonista de la obra, Elorrio, es periodista. Se parece mucho a don Pío. En todas sus novelas hay alguien que se le parece mucho. Es el personaje pesimista y descreído, el que cita a Nietzsche de vez en cuando y el que no tiene éxito con las mujeres, a las que presenta volubles, como los gatos.



Pío Baroja visto por Sciammarella.

Ese Elorrio, en su peregrinaje, parece también mucho a la que llevó el propio Baroja cuando anduvo refugiado: una vida triste y solitaria, sin otra diversión que ir al Mercado de las Pulgas, buscar estampas y libros viejos y hablar. Como todas las suyas, esta es una novela hablada. Los diálogos son un poco de traca, pero a menudo le hacen a uno sonreír, porque sin darte cuenta Baroja te ha ido metiendo en un clima, en un ambiente, en su idea del mundo: no hay mucho espacio para el idealismo, desde luego, pero basta que haya un hombre libre, por desdichado que sea, para que no lo demos todo por perdido.

Cuando se llega al final y se cierra el libro, se dice uno, satisfecho: ha valido la pena. Baroja es mucho Baroja, incluso cuando es poco. •

ta las cosas que ve y las que le cuentan por donde pasa: venganzas, asesinatos, desvarios sangrientos... Se relatan en la novela muchos horrores de la guerra. Estampas como las de Goya, que se leen sin desagrado porque las expone sin elocuencia. Para él todos vienen a ser lo mismo, rojos y blancos, revolucionarios y reaccionarios. La vida que lleva en Valencia, donde conoce a una joven, es la misma también que llevaba en Madrid, la misma que llevarán los dos en París, con otros exiliados. El recuerdo de la guerra les persigue, aunque no sea el tema de la novela. El tema es la retaguardia, que es donde siempre estuvo Baroja tras los cinco minutos que se asomó al frente y que pudieron costarle la vida.

En París su vida se parece también mucho a la que llevó el propio Baroja cuando anduvo refugiado: una vida triste y solitaria, sin otra diversión que ir al Mercado de las Pulgas, buscar estampas y libros viejos y hablar. Como todas las suyas, esta es una novela hablada. Los diálogos son un poco de traca, pero a menudo le hacen a uno sonreír, porque sin darte cuenta Baroja te ha ido metiendo en un clima, en un ambiente, en su idea del mundo: no hay mucho espacio para el idealismo, desde luego, pero basta que haya un hombre libre, por desdichado que sea, para que no lo demos todo por perdido.

Cuando se llega al final y se cierra el libro, se dice uno, satisfecho: ha valido la pena. Baroja es mucho Baroja, incluso cuando es poco. •

Novelas de carne y hueso

Por Lluís Satorras

NARRATIVA. ÁNGELES CASO ELIGE un día del año 1846. "La plancha está caliente!", dice Emily Brontë gritando para que la oiga Charlotte. Dominan la escena los ruidos producidos por el trajín de todos los días. Es un día como tantos otros: los trabajos caseros, las leyendas que cuenta la sirvienta y las ensoñaciones de cada una de las Brontë, apesadumbradas por el sino de su hermano Branwell, ya a estas alturas un proscrito (su destino ya "palpitaba alto y lejos"). Leemos aquello que bule en la mente de Charlotte, la hermana más visible para nosotros. A su lado están las tumbas del cementerio; en su mente, el recuerdo de madre y hermanas muertas cuando eran niñas. Y asistimos, ¡cómo no!, al frenesí creativo de las hermanas cuando todas ellas se ponen a escribir cada una su novela. Sentimos todo eso con plenitud, el espacio de la rectoral, el cementerio, el paisaje, y el carácter turbulento de las Brontë porque la narración es viva y variada. Todo por obra y gracia de un narrador, muy cercano a la propia autora, que deja sus marcas en el texto y convida al lector a identificarse con él. El narrador ordena el caos, explica lo inaccesible, nos emociona y nos hace reflexionar, establece diferencias de estilo y carácter entre las hermanas, convierte a esos seres míticos en seres de carne y hueso, establece categorías (los dóciles y los rebeldes, los unitarios y los divididos); en definitiva, nos hace sentir "el peso inmenso de la rectoral de Haworth". •



Todo ese fuego
Ángeles Caso
Planeta
Barcelona, 2015
256 páginas. 20 euros

Ángeles Caso elige un día del año 1846. "La plancha está caliente!", dice Emily Brontë gritando para que la oiga Charlotte. Dominan la escena los ruidos producidos por el trajín de todos los días. Es un día como tantos otros: los trabajos caseros, las leyendas que cuenta la sirvienta y las ensoñaciones de cada una de las Brontë, apesadumbradas por el sino de su hermano Branwell, ya a estas alturas un proscrito (su destino ya "palpitaba alto y lejos"). Leemos aquello que bule en la mente de Charlotte, la hermana más visible para nosotros. A su lado están las tumbas del cementerio; en su mente, el recuerdo de madre y hermanas muertas cuando eran niñas. Y asistimos, ¡cómo no!, al frenesí creativo de las hermanas cuando todas ellas se ponen a escribir cada una su novela. Sentimos todo eso con plenitud, el espacio de la rectoral, el cementerio, el paisaje, y el carácter turbulento de las Brontë porque la narración es viva y variada. Todo por obra y gracia de un narrador, muy cercano a la propia autora, que deja sus marcas en el texto y convida al lector a identificarse con él. El narrador ordena el caos, explica lo inaccesible, nos emociona y nos hace reflexionar, establece diferencias de estilo y carácter entre las hermanas, convierte a esos seres míticos en seres de carne y hueso, establece categorías (los dóciles y los rebeldes, los unitarios y los divididos); en definitiva, nos hace sentir "el peso inmenso de la rectoral de Haworth". •

Terror y feminismo

Los cuentos de Edith Wharton no inquietan por sus ecos de ultratumba, sino por su sensibilidad para entender los cambios

Por Santiago Roncagliolo

NARRATIVA. NUESTRAS PESADILLAS VAN cambiando con los siglos. Y la literatura de terror ha ido retratándolas. Las primeras novelas góticas aparecieron durante la segunda mitad del XVIII, en pleno triunfo de la Ilustración. *El monje*, de Lewis; *El castillo de Otranto*, de Walpole, y luego vampiros y *frankensteins* varios decoraron el universo con catacumbas y espectros. Llegaba la reacción romántica a la Edad de la Razón. Se extendía la sospecha de que los humanos no éramos tan cartesianos. De que acechaban en nuestro interior oscuras cavernas e instintos animales. Y la violenta experiencia lo confirmaba: el Marqués de Sade, ese gran narrador gótico, consideraba que las historias de terror eran fruto "indispensable" de la Revolución Francesa.

Pero la revolución de los ingleses, la industrial, creó un lector diferente: escéptico y materialista, con poca pacien-

cia para los súcubos demoniacos. Para él, autores como Oscar Wilde y Henry James cambiaron los monstruos por las pasiones. En *El retrato de Dorian Gray*, el verdadero enemigo espeluznante es el narcisismo del protagonista. Otra vuelta de tuerca puede entenderse como un brote psicótico de la atormentada institutriz. El enemigo ya no viene del más allá. Lo llevamos dentro. Y eso da más miedo.

La neoyorquina Edith Wharton (1862-1937) admiraba a estos autores. Su novela *La casa de la alegría* bebe de la ironía aristocrática de Wilde. *La edad de la inocencia* despliega el mismo amor por el detalle que *Retrato de una dama*, la misma meticulosidad para retratar el volcánico interior

Cuentos inquietantes
Edith Wharton
Traducción de Lale González-Cotta
Impedimenta
Madrid, 2015
336 páginas
22,50 euros



Foto: Getty

de un personaje a través de su gélida conducta exterior. No es extraño, pues, que Wharton haya probado fortuna con estos *Cuentos inquietantes*, que navegan entre el cuento de fantasmas y el humor negro.

La autora recoge el testigo de manos de sus maestros y da un paso más hacia la narrativa actual. En cuentos como 'El veredicto' o 'La duquesa orante', lo sobrenatural se mantiene en la sombra de lo oído o creído, confundido con otros pequeños misterios e incertidumbres, y eclipsado por grandes temas, como los secretos de alcohol o la legitimidad del arte. 'Una botella de Perrier' y 'Un viaje' exploran el territorio de lo macabro con un humor que prefigura a Roald Dahl, o a las revistas de misterio presentadas por Alfred Hitchcock.

En la mayoría de estos textos, sin embargo, lo inquietante no viene del más allá, sino de la almohada de al lado. Los cuentos de Wharton retratan los miedos masculinos ante las nuevas situaciones de su tiempo, como el divorcio ('Los otros dos'), la obligación del éxito ('Un cobarde') o las responsabilidades paternales ('La misión de Jane'). El único relato abiertamente fantástico, 'La plenitud de la vida', pone en escena una ácida burla del matrimonio.

Bisexual, divorciada y esposa engañada, Edith Wharton entendió que la siguiente revolución sería la de las mujeres, y que eso producía pánico en los hombres. De ahí tomó el material para unos cuentos que no inquietan por sus ecos de ultratumba, sino por su sensibilidad para entender los cambios sociales. •